

SOMBRAS DE LA HISTORIA

POR ARTUR LUNDKVIST

Una sombra se acercó y comenzó a hablarte:

Yo era Faraón. Mi verdadero nombre ya no era mío y ni siquiera lo recuerdo. Yo era Faraón, pero no era dueño de mí mismo: pertenecía al Poder, al Imperio. Yo era una persona prestada, era como una vasija sin importancia en sí, una vasija cuyo valor radicaba en el del contenido de lo que se la llenase.

Sentado en el tronco, elevado sobre todo el mundo, tenía que parecer por todos los medios más grande de lo que era. El fanal de oro que estaba obligado a llevar me alargaba la cabeza y multiplicaba su peso. Mis manos descansaban sobre las erguidas cabezas de las serpientes de oro y el pájaro Horus vigilaba desde mi hombro amenazándome el ojo con su afilado pico de halcón si volvía la cabeza. En un trono contiguo, algo más bajo que el mío, se sentaba mi reina, que me era desconocida (jamás supe si era ella o alguna otra, algunas otras, la que se acostaba conmigo en el oscuro salón, y tampoco ella o las otras se acostaban conmigo, sino con Faraón).

El sumo sacerdote me llevó a un recinto subterráneo (fue cuando mi voluntad intentó cruzarse con la suya) y a la luz de una antorcha me hizo mirarme en un espejo. Dijo Eres tú y sin embargo no eres tú, ¡mira detenidamente!, y se llevó el espejo y entonces me quedé delante de mí mismo, de un hombre de carne y hueso, que ya no era una imagen del espejo. El Sumo sacerdote dijo: ¡Eres tú y sin embargo no eres tú! El que ves ante tí es otro, un desconocido, pero es tu sosia y por eso es al mismo tiempo tú. Puede ocupar tu lugar en un instante y entonces él se convertirá en tí y tú en él, él será Faraón y tú no serás nadie. Y sólo lo sabremos nosotros tres, nadie más.

Fue como si el suelo se hubiese abierto bajo mis pies. Y el Sumo sacerdote siguió: Así de tenue es la línea que separa la realidad de la apariencia, la luz de la sombra. ¡El menor paso en falso y traspasas esta línea! Comprenderás ahora que tú no eres Faraón, tú ocupas simplemente su lugar que puede, en cualquier momento, ser ocupado por este otro, el desconocido, tu sosia. Tú no tienes poder alguno, el poder pertenece a Faraón y como ya habrás comprendido, ¡tú no eres Faraón!

Temblando pregunté: Entonces, ¿de dónde viene el poder?, y el Sumo sacerdote contestó: Nadie lo sabe, ¡ese es el gran secreto! Pero su figura visible es para todos Faraón. Quizá el poder en sí no exista, igual que tú, Faraón, y sea únicamente su presencia lo que le da su existencia.

Nunca logré saber más, nunca llegué a entender nada más sobre el poder o sobre mí mismo.

Otra sombra me dijo:

En aquellos tiempos me tenían como uno de los dioses. Sí, fui yo el que robó el fuego del cielo y lo bajé a la tierra para dárselo a los hombres. Por eso me encadenaron a una roca en medio de montañas agrestes: pero ¡tú ya conocerás la leyenda! Pero no fue un buitre el que me comía el hígado, ¡eso era propaganda para desprestigiar-me! Fue un águila, bueno, en realidad no fue una, sino una gran bandada, creo que fueron todas las águilas del Cáucaso. Porque mi hígado era tan poderoso y crecía con tal rapidez que hubiese podido alimentarlas a todas diariamente.

Los dioses creían que sufría, pero en mi cautiverio me reía de ellos. Para mí, como dios, el tiempo no significaba nada; ¡pronto verían los vejesterios de allá arriba! En seguía alguien bañándose, desnuda, en toda su femenina belleza, agachándose y echándose agua sobre su cuerpo, levantándose y dejando correr el agua por su cuerpo. Era demasiado hermosa para no infundir miedo, no podía ser una mujer mortal sino una diosa!

En ese momento, en su afán por alcanzar el agua, ladraron los perros. E instantáneamente juntó las manos para cubrir su desnudez y volvió hacia mí un rostro que lanzaba rayos de ira: ¡una diosa, sin duda, una diosa! Apenas había tenido tiempo de pensar en ello cuando una sacudida recorrió mi cuerpo retorciéndolo con intensos dolores: me había convertido en un ciervo, allí estaba temblando con un corazón que palpitaba violentamente.

Clavé las pezuñas en la tierra y emprendí una vertiginosa huída por entre los árboles. Pero los perros ya me habían husmeado y se lanzaron aullando en mi persecución. La caza era en el bosque. En mi desesperada huída me lancé a un espeso matorral y sentí cómo mis cuernos quedaban apresados en él. En ese instante se lanzaron los perros sobre mí, intenté gritarles pero ya no tenía ni voz humana, lancé simplemente un chillido de ciervo que los excitó todavía más. Se dirigieron a mi garganta el golpe mortal. Con los cuernos enredados en la maleza no pude luchar contra ellos, quedé a merced de su furia. ¡Así se vengó la diosa de mí que la había visto desnuda por casualidad!

Y ahora una sombra de mujer:

Tenía un hermoso cuerpo pero mi rostro no era bello: nunca llegué a tener una idea clara de cuál de estas dos cosas fue la suerte en mi desgracia. Aprendí a bailar y me convertí en una diestra bailarina, lo que rendía justicia a mi cuerpo, una máscara de oro cubría mi rostro. Bailaba prácticamente desnuda, con los pechos al aire para que participasen en la danza. A mi padrastro, que era al mismo tiempo mi tío, le gustaba que bailase para él. Después de un ratito, se le enrojecía el rostro y comenzaba a respirar con vehemencia, hasta que de repente desaparecía en el dormitorio de mi madre. Ella fue primero la esposa de mi padre, pero como el hermano de éste comenzó a arder en deseos por ella (y ella por él) y se la llevó con él, tuvo que mandar el exilio a su marido, su propio hermano, mi padre. Era el rey y tenía poder para hacer lo que quería. Pero entre el pueblo había un profeta que se levantó contra él y ordenó su conducta. Mi padrastro se vio obligado a intervenir y lo encarceló. Como sentía curiosidad por aquel hombre fui a verlo cuando lo llevaban a su mazmorra. Me había puesto la máscara de oro y llevaba los pechos al aire con los pezones pintados de rojo. Me fui abriendo paso mientras se acercaban y llegué a estar muy cerca de él. Era un hombre espléndido, quemado por el sol, con cabellos y barba agrestes que le rodeaban la cara como un rojo sol llameante, su poderoso cuerpo estaba apenas cubierto con unas pieles rotas. Me mostró sus blancos dientes, pero fue en señal de ira y desprecio, se permitió incluso escupir al suelo, hacia donde yo estaba. La gente lo llamaba Juan Bautista.

Más tarde fui a visitarlo a su mazmorra, allí estaba tumbado sobre un montón de paja con un cántaro de agua a su lado y con el pelo y la barba llenos de pajitas. Me acerqué y le hablé, pero apartó su mirada y no me contestó. Llevaba la máscara de oro y lo tentaba con mi cuerpo. Comencé a bailar para él con los pechos al aire. Entonces me gritó: ¡apártate de mí, tentadora satánica, puta e hija de puta! Pero me pareció notar que mi proximidad no lo había dejado impasible y volví a verlo varias veces. Sin embargo, jamás cedió en su resistencia, sólo me amenazaba cada vez con mayor violencia. Cuando finalmente me agarré a él con la intención de romper su resistencia me arrojó lejos y entonces la ira se apoderó de mí.

Poco después celebró mi padrastró su cumpleaños con una fiesta para invitados distinguidos. Me llamaron para bailar y pronto enrojecieron todos y buscaban aire jadeando. El rey, mi padrastró y tío, proclamó embelesado que me daría lo que le pidiese y me fui a preguntarle a mi madre lo que debía pedirle. Contestó sin vacilar: ¡la cabeza da me acostumbré a las águilas así que me encontraba a gusto con ellas cuando me comían el hígado. En aquellas soledades, las águilas eran mi compañía. Les hablaba y me contestaban con gritos estridentes. Tenían ojos claros, penetrantes, en los que parecían danzar las llamas de un incendio. Además, ¿qué le hubiese ocurrido a mi hígado, que crecía sin cesar, si las águilas no se lo hubiesen comido? Probablemente se hubiese extendido y se hubiese precipitado por las laderas de las montañas amenazando los valles como un torrente de lava. Se hubiese convertido, tanto para mí como para mi entorno, en una maldición.

Mientras los años pasaban cada vez con mayor rapidez y los días se iban convirtiendo en parpadeos, pude gozar al ver que el fuego ya no se encendía desde el cielo únicamente cuando querían los dioses. Ahora las llamas brotaban de la tierra, ora acá, ora allá, cada vez con más frecuencia, un fuego cada vez más invencible. Ardían bosques y llanuras, los hombres luchaban contra la naturaleza y, también, entre sí con ayuda del fuego, sus edificios y ciudades eran. una y otra vez, pasto de las llamas.

Era la marcha triunfal del fuego que ya nadie podía detener, ¡la marcha triunfal del fuego en el mundo! Y próximo está el día en que todo arderá, todo será pasto de las llamas, tierra y mar, cielo y dioses! ¡El que ríe el último, ríe dos veces!

De nuevo, una sombra:

Yo no podía retener los barcos, eso hubiese sido indigno de mí. Tenía que mostrar mi poder contra el temporal y las olas, la armada tenía que zarpar, aunque temía lo peor.

Y pasó lo que temía, las enormes olas destrozaron los barcos. La escuadra desapareció en las profundidades o fue arrojada en añicos hacia la costa. Millares de mis hombres se ahogaron, todos estaban pálidos y agotados, mis capitanes más valientes temblaban.

Pero yo permanecía impávido, dominando mi furor. En cierto modo, la catástrofe de la escuadra era una señal de mi poder: había sido derrotada por las olas pero no había huido ni se había resguardado cobardemente. Yo no había tomado en consideración ni el poder de los elementos ni las vidas de mis soldados: mi dignidad quedaba intacta.

Entonces, ¿por qué mandé en plena rabia azotar las olas con cadenas de hierro? ¿No fue acaso una expresión de impotencia y atolondramiento?

No, ¡aquella rabia era también una expresión de mi poder! Como no me resignaba a estar a merced de los caprichos de los elementos y la ira de las olas, me enfrenté a ellas con mi propia ira: ¡devolviendo golpe por golpe!

Bien sabía que de nada serviría azotar las olas, ni siquiera con las más gruesas cadenas de hierro. No, a las olas no les hacía nada, pero ¡sí a mi gente! Así desahogaban su furor y su aflicción, ya no se sentían derrotados y humillados, devolvían los golpes, castigaban a las olas con todas sus fuerzas!

Hasta las olas parecían afectadas por mi castigo, comenzaron a calmarse, el temporal fue amainando, el mar volvió a su paz y mansedumbre, yacía allí a mis pies como una fiera domada. Había mostrado mi poder sobre ella.

Y una vez más, una sombra:

Andaba con mis perros por el bosque cazando ciervos, pero todavía no había encontrado ningún rastro. Llevaba el arco y la aljaba a la espalda, los perros bien sujetos con correas avanzaban sigilosamente husmeando en todas las direcciones. Er un día caluroso, en el bosque reinaban el silencio y la calma, una nube daba una cierta pesadez al ambiente. Buscaba una corriente de agua para refrescarme y apagar la sed, los perros también tenían sed y jadeaban con la lengua afuera.

Fueron los perros los que primero sintieron el olor del agua y en ese instante se lanzaron los cinco en aquella dirección. La vegetación era tan tupida que no me dejaba divisar la corriente de agua. No la vi hasta que llegué a la orilla de un torrente que corría con un centelleante frescor y que al doblarse formaba un remanso umbrío. Y allí había Juan Bautista en una bandeja! Su odio hacia él se unió con la ira que yo sentía por él, y al volver le dije al rey: ¡Dame la cabeza de Juan Bautista en una bandeja! Palideció y se quedó pensativo, pero no podía dejar de cumplir la promesa que había hecho delante de los invitados y le dio unas órdenes a uno de los guardias.

El guardia volvió con la cabeza del profeta sobre una bandeja de cobre que ya estaba llena de sangre, los ojos desorbitados tenían clavada en mí una horrible mirada, el rostro estaba pálido y se había apagado la roja aureola del pelo, los dientes apretados mostraban su blancura bajo los labios semiapartados. Durante un largo rato miré fijamente la cabeza del muerto hasta que me decidí con las rodillas temblorosas a coger la bandeja y llevársela a mi madre.

Y de nuevo una sombra de hombre:

Yo era Alasnam, el príncipe feliz, poseedor de las estatuas más maravillosas del mundo, ocho en total, dos veces cuatro, el número de la suerte. Y todas representaban hermosas mujeres, cada una perfecta en su tipo, que superaban ampliamente a las mujeres de carne y hueso: la blanca deslumbrante en alabastro traslúcido, la negra en ónice, la dorada en oro puro, la roja en cobre tratado al fuego y las demás, cada una a su manera, igualmente valiosas.

Las estatuas eran de tamaño natural y tenían una expresión tan viva que era muy difícil evitar el enamorarse de ellas, desearlas: uno deseaba abrazarlas, seducirlas u obligarlas al amor, pero eso era imposible y esa era la espina que irritaba mi felicidad.

Entonces se presentó alguien que susurró a mi oído que había una novena estatua mucho más maravillosa que todas las otras. Primero fruncí la frente de descontento y desconfianza, porque nueve era un número impar, tres veces tres, y por lo tanto de mal agüero. Y, además, quién se había atrevido, o quién había podido ocultarme esa maravillosa estatua durante tanto tiempo!

Inmediatamente mandé adquirirla y, en efecto, era tan admirable como habían dicho, el brillo de su piel era tan cálido y su carne tan suave como los de una verdadera mu-

jer verdadera. No pude resistir la tentación de abrazarla rodearla con mis brazos y, asómbrense, la estatua resultó ser y yo fui el más sorprendido, una mujer de carne y hueso! No tarde en amarla como merecía.

Entonces llegó alguien y me regaló un espejo que parecía tener poderes mágicos: si una mujer que no era pura e inmaculada se miraba en él se ensombrecía con algo parecido al vaho. Me fui con él a mi maravillosa mujer-estatua, la hice mirarse en él y vi para mí desesperación que el cristal quedaba empañado. Pronto mi tristeza se transformó en ira y la hice matar.

Después hice que se presentase ante mí el hombre que la había adquirido. Comprendió que su vida ya no valía gran cosa pero se atrevió a decirme: Príncipe, ¿eres tú y nadie más que tú el que ha manchado su pureza! La verdad de sus palabras me abrió los ojos, no me quedaba más remedio que romper el espejo o matarme, y como pensé que era lo más justo decidí hacer ambas cosas.

Y yo (dijo una sombra), yo era Judas y me convertí en Jesús! Dejadme explicar lo que pasó, aunque nadie me crea.

Reinaba una gran oscuridad bajo los árboles de Getsemaní. Los soldados alumbraban a su alrededor con unas antorchas que humeaban y vacilaban, no era fácil ver nada con claridad, además se organizó un gran barullo cuando Pedro sacó la espada y tuvieron que desarmarlo.

Tan pronto como hube besado a Jesús y lo hubieron prendido, el sumo sacerdote se marchó, se sentía un poco incómodo y no quería mezclarse más de lo necesario. Para mayor seguridad algunos soldados me habían cogido a mí también y entonces se produjo el cambio, a sus ojos Jesús y yo éramos bastante parecidos y de repente se enzarzaron en una discusión sobre cuál de los dos era Jesús.

¿Eres tú Jesús? le preguntaron a Jesús iluminándole el rostro con una antorcha. Con voz clara y firme, respondió: Sí, soy yo. Pero el centurión desconfiando de una respuesta tan complaciente gritó: No, no, ¡menos cuento! ¡Lo que tú quieres es salvar al otro! y entonces lo alejaron de allí a empujones y a mí me llevaron prendido como si fuese Jesús.

Al principio intenté protestar y convencerlos de su error, pero de repente una idea me iluminó como un rayo cegador: si me toman por Jesús y sufro su destino, ¿entonces me convertiré en Jesús! Me encontraba ante una vertiginosa exaltación que no había podido ni soñar antes, cuando estaba aclipsado por la envidia que le tenía, en mi humillación de ser Judas, el traidor despreciable.

Y entonces asumí la pasión y el sacrificio de Jesús, arrastré la cruz, me azotaron y me escupieron y me coronaron de espinas, fui colgado y crucificado entre dos ladrones y allí quedé pendido hasta que expiré. Mi éxtasis era tan grande que apenas sentía la mitad de los dolores, pensaba con una mezcla de triunfo y compasión en el pobre Jesús: no le habría quedado otra solución que marcharse y colgarse como Judas, el traidor...

Y una sombra más:

Demasiada piedra, poca madera. La ciudad ardía mal, ¡qué decepción! Mis esclavos corrían por todos los sitios con antorchas, las tiraban en los patios, dentro de las casas, prendían fuego a todo lo que podían. Pero no lograban hacer brotar más que algunas llamitas dispersas y humo, sobre todo humo, un humo nauseabundo que se ahecía sobre la ciudad como si quisiese ocultar el drama que tenía lugar. El viento se mostraba

caprichoso, cambiaba constantemente de dirección, así que de vez en cuando el humo llegaba hasta mi terraza. Me hacía toser y llorar, podía parecer incluso como si yo derramase lágrimas por el incendio ¡Me sequé el sudor de la cara, el pañuelo se manchó de hollín, todo era un fracaso total. Allí estaba yo con las piernas entrecabiertas y los pies firmes sobre el suelo con la lira en mis brazos; los escribanos estaban preparados para fijar en el papel todos mis quejidos. Pero el poema que pensaba cantar no me salía, lo único que hacía yo allí era toser y sudar. ¡Qué estupidez! Malditos esclavos, maldita ciudad, que así se burlaba de su soberano! Intenté pensar en la caída de Ilión. Ilión ardía, altas llamas ascendían hacia implacables nubarrones de mármol! gritaba, y no estaba mal. Ilión ardía, Ilión ardía, y ya no me slía nada más, bueno y si Ilión ardía, ¡a mí que me importaba Ilión!

En ese instante el viento volvió a cambiar de dirección y arrastró el humo como si fuese una piel peluda y yo pude ver con claridad las calles lejanas. Mis súbditos corrían como gallinas borrachas, aleteaban vacilantes y gritaban, se golpeaban en el pecho, levantaban desesperados los brazos, se mesaban los cabellos. ¡Magnífico! Las bocas se abrían como agujeros negros, los ojos blancos como huevos de paloma, muchos luchaban con sus ropas en llamas revolcándose por el suelo envueltos en llamas, algunos caían y quedaban tumbados, eran pisoteados por otros. ¡Excelente! Pero todo era tan cómico que me era imposible contener la risa, me reía a carcajadas y doblado en dos sobre la lira no podía dejar de reirme. Claro que así no se puede escribir poema alguno, la ciudad ardió en vano, además ardió mal, tampoco se podía hablar de catástrofe, nada que verdaderamente pudiese inspirar a un poeta. Yo hubiera debido ser un volcán en lugar de emperador: entonces no hubiese dejado pasar la oportunidad riéndome!

Arter Lundkvist.

de "Långt borta, mycket nära", 1970